

ría ser yo mismo anatematizado á causa de Jesucristo, por mis hermanos, que son mis parientes segun la carne» (1).

La doctrina del apóstol es la de los Padres de la Iglesia. Escuchemos á *San Crisóstomo*: « Que nadie diga: ¿ qué me importa la salvacion de los demas? Que el que perece, perezca; que el que se salva sea salvado, esto no me concierne, yo debo velar sobre mí mismo. La Escritura condena este pensamiento inhumano y digno de las fieras» (2). El orador cristiano muestra que Dios nos ha creado débiles y dependientes, á fin de enseñarnos la solidaridad: « El hombre no puede dar un paso sin necesitar de sus semejantes. Dios lo ha querido así para obligarnos á aproximarnos, á ayudarnos y á amarnos» (3).

(1) PABLO, *Rom.* IV, 3. CRISÓSTOMO exalta con razon esta sublime abnegacion: εἶδος ψυχῆς μέγεθος καὶ φρονήματος ὕψος αὐτὸν υπερβαῖνον τὸν οὐρανόν.

(2) CHRYSOST., *adv. oppugnatores vite monasticae*, III, 2 (*Op.*, t. I, p. 77, C).

(3) IBID. *Homil.*, 17, *in ep. ad Corinth.* (*Op.* t. X, p. 561 y sig.).

## CAPÍTULO IV.

### LA FRATERNIDAD CRISTIANA.—EL COSMOPOLITISMO.

El mundo antiguo estaba dividido en pueblos enemigos. Las relaciones entre extranjeros eran casi tan hostiles como entre el señor y el esclavo. Se creía que los Bárbaros habian nacido para servir; de ellos procedian los esclavos. La oposicion de las nacionalidades se manifestaba tambien en las concepciones religiosas; habia tantos dioses como naciones y ciudades. Estas divinidades particulares eran enemigas, lo mismo que los hombres que las adoraban. La antigüedad carecia del sentimiento de la unidad. Aun en aquel pueblo, que tenía la creencia de un Dios único y de la unidad de la raza humana, el espíritu de division pudo más que el dogma: los Judíos despreciaban, odiaban á los extranjeros. El cristianismo se apoderó del principio de unidad que estaba en el fondo de la ley antigua, despojándolo de toda mezcla de predominio ó de privilegio de raza: « ¿ Es Dios solamente el Dios de los Judíos? ¿ No lo es tambien de los gentiles? Sí, tambien lo es de los gentiles. Porque no hay más que un solo Dios..... No hay distincion entre el Judío y el Griego, porque todos tienen el mismo Señor. Cualquiera que invocare el nombre del Señor será salvo» (1).

Bajo el punto de vista del cristianismo, las distinciones nacionales desaparecen: « Ya no hay Judíos, ni Griegos, ni esclavos, ni libres; todos son uno en Jesucristo» (2). Todos los que creen

(1) PABLO, *Rom.* III, 28, 29; X, 12, 13.

(2) IBID., *Galat.*, III, 28.—*Coloss.*, III, 11.

en Jesús no forman más que un pueblo, una república (1). Las distancias no separan á los cristianos, porque una misma fe los reúne, como si vivieran juntos. La Iglesia es una gran fraternidad (2). Un cristiano no es, pues, un extranjero para un cristiano: ¿cómo habian de ser extranjeros, siendo hermanos? (3). Esta doctrina se practicaba en los primeros siglos de la era nueva; los fieles se trataban como hermanos desde un extremo del mundo al otro; bastaba un signo de comunión religiosa para ser recibido en todas partes como ciudadano y como prójimo (4).

El patriotismo antiguo no era conciliable con el sentimiento de la fraternidad cristiana. Entre los Griegos y Romanos, el amor de la patria no era tanto el amor á sus conciudadanos cuanto el odio al extranjero. «¿Cómo ha de ser el patriotismo una virtud? exclama Lactancio. ¿Puede haber virtud en un sentimiento esencialmente hostil y malévol? El bien que procura, el amor de la patria, consiste en hacer mal á otra ciudad. Ensanchais vuestras fronteras á costa de vuestros vecinos; aumentais vuestro poder, vuestras rentas, despojando á otras naciones. ¿Llamaréis virtud á lo que es la destrucción de toda virtud? Rompeis los lazos de la sociedad humana; fomentais la codicia; destruis hasta la idea misma de lo justo. La justicia y los odios nacionales son incompatibles; donde brillan las armas desaparece el derecho. ¿Puede ser justo el que hace daño, odia, roba y mata? Pues éstas son las empresas de los que aman á su patria» (5).

El cristianismo predica el amor del prójimo, y ve en cada hombre un hermano. El patriotismo, por consiguiente, tiene que cambiar de naturaleza; no puede ya ser esa afección exclusiva, hostil, demasiado celebrada; tiene que conciliarse con un sentimiento más general, el amor de los hombres, la humanidad. Pero esta conciliación es obra difícil. La antigüedad habia absorbido el hombre en el ciudadano: el cristianismo absorbió el ciudadano en

(1) BASIL., *epist.* 161, I.—AUGUSTIN., *De opere monachor.*, § 33.

(2) *IBID.*, *epist.* 243, I; 203, 3; *ep.* 226, 133.

(3) EUSEB., *Praepar. Evang.* 1, 4, p. 13, B: πάντα τε ἀνθρώπων ὁμογενῆ δοξασθῆναι, καὶ τὸν νομισμένον ξένον, ὡς ἐν νόμῳ φῶσται; οἰκειότατον καὶ ἀδελφὸν γνωρίζειν.

(4) BASIL., *epist.* 203, 191.

(5) LACTANT., *Divin. Inst.*, VI, 6.

el creyente. Éste no conoce patria particular; no conoce más que una sola y verdadera patria, el cielo. La ciudad, la familia misma, desaparecen en esta concepción: «*El que ama á su padre ó á su madre más que á mí, dice Jesucristo, no es digno de mí. — El que viene á mí, y no abandona á su padre y á su madre, á su mujer y á sus hijos, á sus hermanos, á sus hermanas y á su vida, no puede ser mi discípulo*» (1). Jesús practicó estas máximas, hasta el punto de dar una apariencia de dureza á su conducta: «*Habiéndole dicho: «Hé ahí á tu madre y á tus hermanos que desean hablarte», respondió: «¿Quién es mi madre y quiénes son mis hermanos?» Y extendiendo la mano sobre sus discípulos, dijo: «Hé aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, es mi hermano y mi hermana y mi madre*» (2).

Aquel que es el ideal de la caridad, ¿habrá condenado realmente los sentimientos más dulces y más legítimos, los de la familia? Lo cierto es que la consecuencia lógica de la doctrina de Jesucristo es subordinar de tal modo las afecciones particulares á la que debemos experimentar respecto de Dios, que el amor de los hombres desaparece en la inmensidad del amor divino. Se ha intentado poner en práctica los preceptos del Evangelio. Ha habido hombres que, renunciando á su patria y á su familia, se fueron á vivir á las soledades, como si no fueran de este mundo. El sacrificio no era todavía completo. Quedaba aún el vínculo de la amistad; se le proscribió como criminal.

Hé aquí adonde conduce el pretendido amor de Dios; mutila la naturaleza, y la destruiría si el poder de la criatura alcanzase á destruir la obra del Creador. Hay cristianos sinceros que aplauden estos extravíos; según ellos, se aproxima más á la perfección el que más resiste á los instintos naturales. Y son muy lógicos. Estando viciada nuestra naturaleza por el pecado original; ¿no debemos combatir y extirpar todos los sentimientos que nos inspiran? La lógica perjudica á las doctrinas falsas. En vano se pretenderá atacar, en nombre del pecado original, los vínculos más

(1) MATEO, X, 37.—LUCAS, XIV, 26.

(2) *IBID.*, XII, 47-50.

sagrados; nunca se persuadirá á los hombres de que son culpables porque aman; más bien se los convencerá de que el pecado original es una horrible invencion de la teología. Citemos algunos rasgos, tomados de las vidas de los santos, para que se vea á qué aberraciones conduce el amor de Dios, tal como lo entienden los cristianos.

Un jóven queria consagrarse á Dios; las súplicas de su madre le retuvieron en el mundo. San Agustín le escribe: «La falsa ternura de tu madre procede de la corrupcion de Adán; todas esas demostraciones de amistad, por medio de las cuales trata de apagar en tí la caridad evangélica, nacen de la doblez de la serpiente» (1).

El abad *Pömen* y sus hermanos habitaban en las soledades del Egipto. Su anciana madre deseaba verlos ántes de morir. Los solitarios se negaron. El amor maternal tuvo que recurrir á la astucia. La madre aprovechó el momento en que los anacoretas pasaban á la iglesia para sorprenderlos. A la vista de la que les habia dado el ser se apresuraron á volver á su celda. La desgraciada se lamentaba á la puerta: «No deseo más que veros», exclamaba; «¿no soy vuestra madre? ¿no os he alimentado con mi sangre?» Los monjes fueron inflexibles; consolaron á su madre diciéndola que los volveria á ver en el otro mundo. San Bernardo justifica esta dureza de corazón: «Es una cosa impía despreciar á una madre; pero despreciarla por Jesucristo es cosa muy digna de alabanza» (2).

Estos sentimientos son cristianos; pero ¿está el cristianismo en este punto en armonía con las leyes divinas? La conciencia humana ha emitido su fallo. El amor de la patria es igualmente legítimo; tiene su principio en Dios que, al hacernos nacer en un país y no en otro, nos destina por esto mismo á vivir en medio de esta sociedad y nos une á ella. En el espiriualismo evangélico el amor de la patria desaparece lo mismo que el de la familia. ¿Cómo han podido desconocer los cristianos la naturaleza del hombre hasta el

(1) AUGUSTIN., *ep.* 243, § 10 (*Op.*, t. II, p. 870).

(2) *Appöhtegm. Patrum*, en COTELER., *Monument. Eccles. Graec.*, t. I, p. 610. —BERNARD., *ep.* 104.

punto de olvidar la fuerza del vínculo que nos une al suelo natal? El estado del mundo, al advenimiento del cristianismo, explica en parte esta aberracion. Las naciones habian sido destruidas sucesivamente por las conquistas de las legiones romanas. Al perder su independencia, los pueblos perdieron igualmente el amor á la patria; la patria desapareció en la inmensidad del Imperio. En estas circunstancias se produjo el cosmopolitismo estóico que en su exageracion negó la idea de patria. El cristianismo tropezó en el mismo escollo; á los ojos de los cristianos la patria desaparece en el mundo (1). Otra tendencia comun á los filósofos y á los discípulos de Cristo favoreció este error. Para reformar la humanidad, era necesario reformar al hombre. El perfeccionamiento del hombre interior llegó á ser la tarea capital de la filosofía y de la religion. Para realizarla, Jesucristo obligó á sus discípulos á renunciar al mundo. El espiriualismo cristiano, una vez en este camino, no reconoció ya límites. Pero es en vano tratar de mutilar la creacion. El mundo, la familia, la patria, reaparecieron y reclamaron el lugar que les corresponde en la humanidad. La cuestion es conciliar sentimientos igualmente legítimos y no absorber uno de ellos con ventaja del otro. La accion del cristianismo ha sido saludable, destruyendo lo que el patriotismo antiguo tenía de mezquino y de rencoroso, haciéndolo ver que sobre el parentesco de donde nace la familia existe otro parentesco que, mediante un vínculo más sagrado todavía, une á todos los hombres en Dios. Hé aquí el principio de ese sentimiento sublime llamado humanidad, filantropía, cosmopolitismo, sentimiento que hace extensivo á todos los hombres el amor que cada hombre siente hácia sí mismo. Al lado de este amor general subsisten los afectos particulares, la familia, la patria; pero las afecciones particulares deben subordinarse á esta ley; preferencia de todos á algunos, de la patria á la familia, del género humano á la patria, de la sociedad eterna á la sociedad presente.

(1) PONTIUS, *Vita Cypriani* (CYPRIANI *Opera*, p. 13): «*Nobis patria minus cara (quam saeculo), et commune nomen est.... Illis extra civitatem suam vivere gravis poena est; Christiano totus hic mundus una domus est.*» Este es el lenguaje de Epicteto (véase el tom III de mis *Estudios*).